

LA PALABRA Y LA HISTORIA NOTAS INTRODUCTORIAS A MARIO BRICEÑO-IRAGORRY.

Rodríguez Iturbe, José
Universidad de la Sabana
Bogota-Colombia

Resumen

Mario Briceño-Iragorry fue un excelente escritor venezolano que utilizó su dominio del idioma para su tarea magisterial con la historia. Miembro de las Academias de la Lengua y de la Historia, fue distinguido con el Premio Nacional de Literatura. Su re-visión de la historia venezolana se enmarca en una consideración de la necesidad de la tarea cultural para el fortalecimiento de aquella que llamaba «el área moral de la República». Su obra posee una notable actualidad, sobre todo para la juventud venezolana.

Palabras clave: civilismo, historia política, república, cultura.

Abstract

Mario Briceño -Iragorry was an excellent Venezuelan writer that used his dominion of the language for his magisterial task with history. Member of the Academy of language and history, was distinguished with the national prize of literature. His review of the Venezuelan history is framed in a consideration of the need of the cultural task for the strengthening of what he called « the moral area of the republic », his work possesses notable up-to-dated characteristics, above all for the Venezuelan youth.

Key words: Civilian, history political, republic.

Si Dios me da vida y puedo ser testigo del comienzo de nuevas etapas venezolanas, espero poder agrupar en un volumen que tendrá por título *La Doxa civilista (en la afirmación republicana de la Patria)*, escritos sobre algunos destacados ciudadanos que invirtieron su existencia en un esfuerzo pedagógico, civilista y civilizado, siempre necesario, para alumbrar de rectitud la andadura de la patria que es pueblo. Allí, junto a Fermín Toro, Cecilio Acosta, Andrés Eloy Blanco y Augusto Mijares, por mencionar sin ánimo exhaustivo a varios compatriotas de relieve excepcional, Mario Briceño-Iragorry tendrá un puesto merecido.

No puedo hacer aquí, como querría, la extensa consideración sobre las distintas etapas que pueden distinguirse en la vida y obra de Mario Briceño. De ello me he ocupado en otras ocasiones. Sólo será posible, en esta oportunidad, formular tangenciales referencias a su enseñanza en el complejo irse haciendo de una Venezuela que constituyó la constante permanente de su obra de escritor, historiador y político.

Mario Briceño fue un culto artesano de la palabra. La calidad de su obra le mereció los más distinguidos galardones literarios en Venezuela. Fue Individuo de Número tanto de la Academia de la Lengua como de la Academia de la Historia. Y con el uso de la palabra pretendió siempre proyectar su conocimiento y su visión de la historia en una permanente pedagogía popular. Su palabra escrita fue, así, el instrumento de presentación de los paradigmas nacionales, de los modelos que proyectaba para el mejor existir republicano. «Sobre lo positivo de los hombres ejemplares – escribió – se hace fácil edificar una teoría que adoctrine al pueblo para el cumplimiento de sus grandes deberes».

Por eso se esforzó en hacer historia simbólica, con sentido pedagógico, develando sin temores la verdad del pasado, sacando a la luz los datos objetivos, las pruebas del ayer en las piezas de archivo.

Historia simbólica y de la buena, fue la que hizo en *El Caballo de Ledesma*, editado en 1942. Mario Briceño vió en Alonso Andrea de Ledesma un símbolo permanente; la expresión de una actitud heroica que debe asumirse cuando más patente se hace la crisis de las conciencias. La historia es conocida. Ledesma fue la valentía aislada ante al ataque pirata. Frente a la cobardía colectiva y el silencio cómplice, Ledesma, anciano ya, casi sin fuerzas al igual que su rocín, se enfrentó solo a las hordas del corsario invasor Amyas Preston. Ledesma murió, con hispana hidalguía, mientras la quebrada dignidad de los falsos prudentes surtía de cazabe y vitualla a los piratas. El holocausto de Ledesma fue su enseñanza perenne. En vida, muchos más grandes aportes dejaron sus compañeros de armas. Comparado con Rodríguez Suárez, Bravo de Molina, Francisco Ruiz, Fernández de Serpa o Diego de Losada, en el elenco de los grandes Conquistadores en el inicio de la presencia hispánica en Venezuela, Ledesma es opaco. Pero, como indica Briceño-Iragorry, «su lección es su agonía» porque «se empuja y crece para iluminar la historia cuando vence su angustia natural de hombre y sale resuelto a ganarse su día sin ocaso de honra». Ledesma es el compendio del sacrificio por la dignidad. «Es – dice Mario Briceño – el hombre que vivió al morir. El hombre que ganó en un minuto de heroicidad la permanencia de la gloria ejemplar».

En el momento actual es conveniente volver a leer y a meditar a Mario Briceño. Resulta una buena fuente para adobar la esperanza, para recobrar la savia grande de la perpetua heredad; aquella que no puede vaciarse en los albañales de la historia. En tiempos de crispaciones y odios, sembrados a destiempo, es necesario recordar la lucidez de su mensaje. Para poder aunar con equilibrio, en un futuro que quiera Dios no sea lejano, la memoria y el perdón, el olvido y la justicia. Es, justamente, en «*El Caballo de Ledesma*» donde Briceño Iragorry habla del olvido como perdón y de la memoria como justicia. «El olvido – dice – es la piedad del tiempo». «Sin memoria – añade – no hay

justicia». El primero es necesario para la convivencia. La segunda es necesaria para la recta formación de la conciencia nacional.

Algunos dijeron a Mario Briceño, a mediados del siglo pasado, que era impropio evocar el recuerdo de Ledesma en momentos de angustia colectiva. Y respondió, con fuerte voz, que llevaba el respaldo del entero patriado de la República soñada, con palabras que espero redescubran los integrantes de la nueva primavera de la Patria, lo siguiente:

La sal que anime los ánimos para estas jornadas de energía es sal de idealismo. Porque nos falta fe, alegría, esperanza, desinterés, espíritu de verdad y de sacrificio social. Todas virtudes. Cualidades que no se adquieren por medio de cálculos aritméticos. Situaciones que se avienen más con el idealista que con el hombre práctico y calculador, incapaz de renunciar a nada. Tenemos oro, mas carecemos de virtudes públicas. Con dinero los hombres podrán hacer un camino pero no una aurora. Y estamos urgidos de amaneceres.

En medio de las agitaciones del trienio 1945-48, publicó, en la segunda mitad de los 40 del siglo pasado, *Casa León y su Tiempo (Aventuras de un anti-héroe)* —Premio Municipal (Caracas) de Literatura en 1946— y *El Regente Heredia o la Piedad Heroica* —Premio Nacional de Literatura en 1947—. Como dijo Miguel Ángel Burelli Rivas, hablando de ambas obras, quizá nunca un escritor venezolano ha resumido como él, en esas biografías, «la ambivalencia de la conciencia humana de frente al avatar político de una nación» (1988, p. XXII)

Le tocó vivir, en los años de su madurez, la democracia de los impacientes. La de quienes, con perspectiva distinta a la suya, pretendieron moldear el tiempo con una toma de atajos discutibles para acortar caminos. Hecho el balance de estos otros, nadie discute, a la postre, su patriotismo; aunque no se compartan los senderos por ellos escogidos. La democracia requería de

formación cívica. Don Mario lo sabía. Si no, el riesgo era caer en los cepos de una nueva vanguardia iluminada, envuelta en su propio sectarismo. La radicalidad de los procesos suponía, enmtonces, que quien no compartiese la supuesta luminosidad del grupo dirigente era partidario de las tinieblas. Complejos y extraños desencuentros que condujeron, así, a buscar el corte renovador de nuestra historia acudiendo a la más común de nuestras rémoras en la existencia de la República soberana: la asonada militar.

La democracia requería (y sigue requiriendo, requerirá siempre) una formación cívica de intrínseco contenido moral. Lo dijo Platón. Lo dijo Aristóteles. Lo han dicho todos los grandes pensadores de la historia. Lo decía, por entonces —en el tiempo de entre guerras, durante la II Guerra Mundial y lo seguiría diciendo después de ella—, en todos los tonos audibles, Jacques Maritain; primero, en medio de la crisis del Estado y del Derecho; y la aparente victoria de los totalitarismos; luego en medio de la tormenta bélica. Era ese Jacques Maritain, a quien Don Mario admiraba y quien nutriría luego la visión filosófica y política de no pocos de los integrantes de mi generación. Con igual lucidez y pasión de converso, lo decía D. Mario, porque, en efecto, no padeció él de mudez. En aquellos años recordó que, para que fuera recto el gobierno del pueblo, éste, el pueblo, debía estar formado rectamente. La democracia era, para él, «en último examen, una actitud del espíritu». Difícil de construir, en el caso venezolano, por la carencia de tradición republicana civilista y de honestidad pública; por la pandemia de audacias cuarteleras en la elipse de vida independiente; y por el exagerado apego a las formas utilitaristas vigente en nuestro medio. (Cfr. *ibidem*. p. 126)

Como muchos compatriotas (sobre todo, los cercanos al Presidente Isaías Medina Angarita, desplazados del poder el 18 de octubre de 1945), Mario Briceño pensó, luego del 24 de noviembre de 1948

(caída de Rómulo Gallegos), que debía dar su aporte a una transición, que suponía corta, para que Venezuela retomara el rumbo de la institucionalidad. Embajador en Colombia el 49, renunció el 50, ubicándose abiertamente frente a un régimen militar que iba de dictablanda a dictadura. La muerte de Carlos Delgado Chalbaud —asesinado a los 40 años, en el único magnicidio reconocido como tal en la historia venezolana— suele señalarse como punto de inflexión negativa en un proceso que terminó, para repetir una constante trágica de nuestra vida independiente, en dictadura militar.

Jóvito Villalba, una de las figuras cimeras de la *Generación del 28*, le invitó, a comienzos de 1951, a compartir su trinchera política en la riesgosa batalla por la dignidad de la República. La figura de Mario Briceño, como candidato por el Distrito Federal en las elecciones para Asamblea Nacional Constituyente, que ganaría aplastantemente la oposición civilista, se convirtió en símbolo del coraje y de la unidad nacional. Hasta el 30 de noviembre de 1952 (día de la victoria civilista y del fraude militar), en medio de las agónicas batallas del civismo inlaudicable, su palabra y su pluma fueron referencia constante. *Mensaje sin destino* apareció en 1951 e *Introducción y defensa de nuestra Historia* en 1952.

Luego del fraude electoral y del golpe de Estado de las Fuerzas Armadas, encabezadas por Marcos Evangelista Pérez Jiménez, sus pasos fueron los pasos del proscrito. De 1953 a 1958 fueron los años del exilio. Por breves meses, Costa Rica; luego, España; finalmente, por razones médicas, Italia. Escribió sin descanso, con una presencia afectiva y lacerante de la Patria que fue consumiendo sus energías vitales. Dios le llamó a Sí, hace medio siglo, el 6 de junio de 1958, a poco de volver a Venezuela. En 1976 la Cámara de Diputados, plural representación del pueblo venezolano, acordó, por unanimidad, proclamarle Maestro de la Juventud Venezolana. Desde el 6 de marzo de 1991 sus restos reposan en

el Panteón Nacional, en Caracas, «el cofre donde la Patria guarda el recuerdo de sus grandes amores», para decirlo con la expresión poética de Andrés Eloy Blanco..

Recordar la vida y obra de Mario Briceño-Iragorry constituye, pues, un acto de afirmación de la conciencia de la nacionalidad venezolana. ¿No fue, acaso, Don Mario quien advirtió sobre la necesidad, en nuestro medio, del solidarismo que supone el humanismo de raigambre cristiana? Graves y sentidos fueron los términos de su anuncio a comienzos de la década del 40 del siglo pasado:

Tendremos noche en América. Larga noche de sacrificios, de hambre y de meditación. Pero con su último turbio vendrá el alba de un día claro, a cuyo esplendor hallaremos la realidad de nuestro destino. Ancho día en el cual lograremos desterrar la tremenda organización de la mentira con que los dictadores de la economía y de la política han envenenado las fuentes de la cultura. Y el espíritu, entonces, asentará sus reales sobre un mundo nuevo, donde el hombre viva para verse a sí mismo y para ver a Dios en el hombre sin nombre que le va por el camino de sus días. (Briceño-Iragorry. 1990, p. 15)

Sabía Mario Briceño decir las cosas en excelente factura castellana. Quizá con ese dejo de arcaísmo que a los cultores del idioma gusta saborear, porque deja en el gusto de su prosa sabor de licor fino. Sabía decir las cosas con fortaleza. Ello producía desazón, cuando no ira, en los aburguesados; pero provocaba adhesión entusiasta en la juventud inconforme, que, en medio de su angustia, tenía apetito de historia y conciencia de ser alternativa de relevo. Porque Mario Briceño fue, en los 50 del siglo pasado, una especie de León Bloy venezolano. Y su desgarrado amor por Venezuela encendía hogueras de entusiasmo y compromiso militante en quienes sentíamos bullir nuestra sangre adolescente como un vino joven. Más allá de los aciertos y errores de individuos y generaciones, la

causa de la Patria será siempre lozana. Más allá del atardecer de nuestras existencias, la causa de la Patria nunca tendrá ocaso mientras dure el tiempo. Por eso pudo y puede seguirse viendo su mensaje como la expresión de un manifiesto viril que resultaba necesario en momentos en que la comodidad planteaba como atrayentes los terrenos de lo ambiguo.

El planteamiento de Briceño no fue nunca de halago fácil, sino de verdad dura con envoltorio claro, carente de formulaciones equívocas. Sigue conservando, a mi entender, tremenda actualidad.

Nos ha faltado y nos está faltando —dijo— una conciencia responsable para cumplir nuestro destino. Y somos por ello un pueblo donde la anemia del deber social corre pareja con la anemia producida por el hambre y las endemias que aniquilan nuestras fuerzas físicas. Pueblo desfigurado en su personalidad moral por el hábito inveterado de la mentira y el disimulo que sirven de estribo a la alabada discreción de los políticos. Nuestra falta de sentido espiritual ha hecho que las leyes físicas de la gravedad gobiernen nuestra conciencia moral. Lo que pesa no sube: la verdad y las piedras. Lo ligero, lo vaporoso, sí asciende: las nubes, el humo, la mentira. Y una verdad que ha andado agazapada entre las piedras, ha tenido por fuerza que sufrir el permanente baldón de las pisadas. (p. 139)

Mario Briceño llamaba, desde el fondo de su propia experiencia personal, al compromiso patriótico que suponía la lucha contra el aburguesamiento espiritual. La Patria no era para él un simple mote de romanticismo dulzón. Era entrega. Era empeño. Era servicio. Era trabajo. Intelectual y político. Por ello pudo escribir, con palabras que movían a abrazar las causas en pro del bien común con arrojo sin cálculo:

Para que la Patria logre su dimensión de deber y de sacrificio, es de imperio que la llama de su altar consuma y

purifique los resabios de egoísmo que herrumbran el metal de nuestra voluntad personal. (Briceño-Iragorry. 1991, pp. 523-524)

Resultaba (y resulta) imposible entender el llamado al heroísmo sin un mínimo de rectitud moral. Mario Briceño pedía, por eso, para la Patria una «vendimia de verdad». Y, para ello, —decía— era necesario desbaratar «las empalizadas del silencio» y el «hábito del disimulo». (Briceño-Iragorry. 1990, pp. 33-34)

En *Mensaje sin Destino*, a comienzos de los 50 del siglo pasado, Don Mario explícitamente hizo referencia al proceso de cambio experimentado por el país y, sin baja concesión al chauvinismo, planteó tanto el problema de nuestra conciencia histórica y la necesaria revalorización de nuestro pasado para la proyección de una unidad espiritual de la nación; como las relaciones entre la problemática cultural de nuestra crisis de pueblo con la problemática específicamente económica, en los aspectos en los cuales ésta afecta o puede afectar los predios de la soberanía o de la dignidad de la Nación.

El empeño apasionado de Don Mario apuntaba a que la Patria cobrara conciencia de su solera histórica. De esa solera histórica —ajena a la ignorancia criminal de los componentes de nuestro mestizaje, a mutilaciones acomplejadas que hacen incomprensible nuestra criollidad—, sólo de allí, pensaba, podría salir la fuerza capaz de vivificar los espíritus para que nuestro pueblo acometiera con grandeza la tarea colectiva de su desarrollo perfectivo. Requerirá siempre, en tal empeño, de las tareas de la cultura, que apuntan al fortalecimiento enriquecido de nuestra propia entidad como pueblo. En esa tarea cultural Don Mario dio un aporte singular. No hizo de la cultura, política; pero sí entendió que el trabajo político perdurable posee una necesaria dimensión cultural.

Quijote, idealista, compasivo. Fue todo eso y algo más. Desde el fondo de su angustia kierkegaardiana pedía «una conciencia clara

y sagaz» que nos defendiera del «doloroso entreguismo y de la culpable conformidad con situaciones disvaliosas». Tal conciencia sería la aduana para evitar los contrabandos morales. (Briceño-Iragorry, 1990, p. 226) No era (ni es) eso algo superfluo ni secundario. Suponía la incineración de la política de pequeño cabotaje. «Sin sentido moral y sin sentido histórico, —dijo— ni los hombres ni los pueblos pueden cumplir su fundamental función humana. Serían anti-pueblos y anti-hombres». (Ibidem, p. 360)

En *Introducción y Defensa de nuestra Historia* —ese hermoso libro que publicó en 1952 y que está dedicado a Pastor Oropeza, otro de los patricios del civilismo venezolano— escribió:

Debemos defender la integridad de los valores que nos dan personería en los cuadros generales de la cultura. Ser venezolanos no es ser alegres vendedores de hierro y de petróleo. Ser venezolanos implica un rango histórico de calidad irrenunciable. Después de tres siglos de fragua de la voluntad y de la idea, nos declaramos con derecho a ser libres en el orden de los pueblos. No satisfechos con el espacio de nuestras viejas fronteras coloniales, salimos a los largos caminos de América en ayuda de los otros hermanos, que deseaban, como nosotros, romper el vínculo metropolitano. Hicimos un pacto con la Historia cuando le pedimos sus retortas de maga para cambiar el propio destino de un continente. (Briceño-Iragorry, 1989, p. 298)

La de Mario Briceño-Iragorry resulta la misma conciencia ciudadana con aliento de historia que puede encontrarse en los grandes discursos de Andrés Eloy Blanco; en el de la inhumación de los restos de Juan Antonio Pérez Bonalde en el Panteón, por ejemplo. Es la misma conciencia ciudadana con aliento de historia que se encuentra en los mejores escritos de Augusto Mijares: en *Lo Afirmativo Venezolano*, por ejemplo.

En *Problemas de la Juventud Venezolana*, escrito de 1953, Briceño-Iragorry planteaba algo que luce hoy de

notable actualidad: la necesidad de las generaciones adultas de explicar a los jóvenes la deficiencia de su aporte político; la necesidad de presentar «no el balance de nuestros escasos aciertos, sino el resumen de las caídas que hicieron difícil nuestra marcha en el campo colectivo» (Ibidem, pp. 453-454). Pedía —ojalá que ahora las promociones de relevo así lo hagan— «mirar el mundo de la Venezuela interior con ojos sin párpados, como de la inquietud de William Cobbett se expresó el paradójico Chesterton» (Ibidem, p. 455).

Don Mario daba cuenta de ello en *El Caballo de Ledesma*.

No somos —decía— un país lógico, sino un país mágico. Y ello aclara nuestro general desacomodo. Nuestra carencia de jerarquías culturales. Nuestra inmensa farsa social. (1990, p. 87)

Y añadía:

Pero no somos nosotros, los hombres de ahora, los culpables de este falso proceso de la cultura. La deuda viene de atrás. Es el saldo desfavorable dejado por generaciones que pasaron sin cuidar su cuenta con el futuro. Es la deuda de un pueblo que financió su cultura con papeles sin respaldo. (Ibidem)

La reflexión de Don Mario estaba abierta a sus coetáneos para incluirse ellos a sí mismos como sujetos críticos en la visión del país:

La Patria —decía— somos nosotros mismos en función de solidaridad y de futuro. La Patria, sobre la luminosidad de la apoteosis, es una austera dimensión moral que pide acabada realización. (1990, p. 199)

El reto diferente que aguarda a las nuevas generaciones en este inicio del siglo XXI es *sustituir, en la dinámica republicana, a los caudillos, civiles o militares, por la madurez y solidez de las instituciones, sin cuya existencia y perfeccionamiento es imposible la existencia digna de la sociedad civil.*

Para enderezar el rumbo torcido de la historia nuestra; para reencontrar la verdadera criollidad dignificada; para no ver desmoronada la conciencia de nuestra nacionalidad, necesitamos un sincero y crudo balance. Un balance que no tiene porque ser, no debe ser, un esfuerzo masoquista. Briceño-Iragorry, al igual que Mijares, buscaba *lo afirmativo venezolano*. «Más que taras, defectos, caídas y vicios — dijo D. Mario—, debemos buscar en nuestros hombres y en nuestro pueblo sin nombre el hilo oculto del mejor pensamiento venezolano» (1991, p. 396). Y agregó:

Ese pensamiento con vida subterránea en la conciencia de hombres y mujeres que no pactaron con la injusticia y con la entrega, es mejor aliño para la obra futura de la República que el grito ensobrecido del tirano transitorio o la palabra oportunista de quien confunde la paz y el orden de la sociedad con la plácida siesta que sigue a una opípara pitanza con lentejas traidoras. (Ibidem)

Don Mario citaba y procuraba seguir la máxima de Epicteto:

Harás grande a tu pueblo, no levantando el tejado de sus casas, sino alzando el alma de sus habitantes» (Cfr. Briceño-Iragorry. 1991, pp. 12,20,28). Y agregaba: «Sin la valoración del espíritu, los pueblos son meros rebaños, más o menos felices. Sin la integridad moral de sus hombres, las naciones no pasarían de ser mercados recomendables o vistosos espacios para el turismo o el deleite efímero. (cit. loc. cit., p. 263) Todo, pues, en el quehacer de Briceño-Iragorry busca, consciente o inconscientemente, encontrarse a sí mismo encontrando la savia medular de nuestra historia.

A su modo de ver, esa falta de urdimbre espiritual era el mayor escollo en la tarea permanente de dar forma y continuidad a nuestro ser de pueblo. La carencia era más patética por el momento de cambio acelerado que vivía Venezuela. Era, desde los años 20 en adelante del siglo pasado, la Nación en

tránsito de la República agraria a la República minera. La Venezuela rural, sin dejar de serlo plenamente, encontraba entonces su nuevo *élan vital*, para decirlo en términos bergsonianos, en la explotación petrolera: la economía ya no dependía de los cultivos o de los ganados, sino de la abundancia del *oro negro*. Y de los 40 en adelante ese cambio estructural produjo otro, también reflejo de un dinamismo incontenible: el de la Venezuela mayoritariamente campesina a una Venezuela determinadamente urbana.

La Venezuela campesina representaba a inicios de la década del 40 del siglo XX más del 80 % de la población nacional. Población ésta, todo sea dicho, tan escasa que, en un extenso territorio de un millón de kilómetros cuadrados llegaba, a duras penas, a los cinco millones de habitantes. El problema del destino nacional era, en los inicios del post-gomecismo, responsabilidad intransferible de las *élites*. Más por realidad cultural que por simple capricho aristocrático. Según estadísticas imprecisas, el país tenía para entonces el 70 % de analfabetismo: de cada diez venezolanos, sólo tres sabían leer y escribir. Poseer cultura suponía, *per se*, una posición de privilegio. El empeño de Andrés Eloy Blanco fue, entonces, el de ser, poéticamente, la voz de los sin voz. El empeño de Augusto Mijares el de desarrollar, gradual y seriamente, la estructura física y humana de la educación venezolana. El empeño de Mario Briceño el de reafirmar la conciencia nacional con sus raíces históricas, encontrando en ellas la base para superar la *crisis de pueblo* (que no *del pueblo*) que Venezuela padecía debido a la *traición de los mejores*. Porque los causantes de la *crisis de pueblo* no eran otros que los integrantes de la *élite* ilustrada. Los más brillantes exponentes de la intelectualidad positivista habían sido, en efecto, el escabel de los tiranos más zafios. Hoy el problema, sin duda, es distinto: Venezuela no padece *la traición de los mejores*, sino *la complicidad de los peores*.

No habrá una nueva concepción de la política, como deseaba Mario Briceño, sin una recta comprensión de nuestra historia. No habrá esa recta comprensión de la historia sin un honesto y permanente empeño cultural. Sin fundamentalismos absurdos que lleven al rechazo de lo hispánico, de lo indígena o de lo afro, como elementos integrales del mestizaje de la criollidad. Con resentimientos y complejos no se construye un destino, sino se disuelve, en los vericuetos del irracionalismo, la conciencia de la nacionalidad.

Mientras más vigorosos sean los nexos que unen el alma del pueblo —decía Briceño-Iragorry—, más resistente y fácil será su defensa. [...] Función de la Historia es mantener viva la memoria de los valores que sirven de vértebra al edificio social. Su objeto es presentar las formas antiguas como elementos indispensables para el proceso de reelaboración de la cultura que corresponde a cada generación. (Briceño-Iragorry. 1989, pp. 218-219)

Sobran por entonces (y sobran aún hoy) las voces que reivindicaban (y reivindicaban), ante el inventario de nuestros males, la figura del *gendarme necesario* idealizada por algunos teóricos positivistas, como Laureano Vallenilla Lanz. Como si la historia de las tragedias de la Patria venezolana no estuviera, toda ella, engrapada por las aberraciones de quienes se proclamaron figuras necesarias en medio de orgías de violencia, de guerras fratricidas, y de carnicerías y vejaciones a la humana dignidad que avergüenzan, con su simple mención, la conciencia civilizada.

La vieja política decimonónica resultó, a menudo, un simple apéndice instrumental de caudillos armados; y los viejos partidos, agrupaciones caudillescas con ejércitos propios. Bueno es el recuerdo de Mario Briceño-Iragorry para, recordar que la Patria del sueño civilista no es una Patria de aventureros y oportunistas. Esa Patria enferma sería, a lo más, botín para los audaces —como quería Pedro Carujo, uno de los conjurados del atentado septembrino

(25 de septiembre de 1828), el de la mal llamada Revolución Bolivariana de las Reformas, que en 1835 atentó contra el sabio José María Vargas, primer Presidente civil de la Venezuela post Grancolombiana, Rector de la Universidad de Caracas y albacea testamentario del Libertador—; o, cuando más, simple objeto de rapiña, para hartazgo de los que se sintieran poderosos por poseer las armas o el dinero.

El segundo centenario de la Independencia convoca a la posibilidad de concreción social de los principios éticos y la elevación cultural y espiritual de los ciudadanos. Como pedía Mario Briceño, Venezuela no puede hacer tabla rasa de su pasado antiguo y reciente. Es un pueblo que no puede ignorar los mandatos de su propia historia. Es una Patria en marcha y no un rebaño. Y el cuidado de la dignidad de la República reclama a toda nueva generación el respeto pleno de su tradición y de su historia.

El impulso colectivo para la gran tarea histórica que supone la superación de la crisis actual, no vendrá, por el tremolar de falsos utopismos, por jirones del ayer con disfraces de mañana; ni por el hallazgo de alguien superdotado o de un rector grupo luminoso. En Venezuela ya hemos sufrido demasiado los falsos mesianismos *prêt-à-porter*. Se requiere, más que nunca, de profundo sentido de solidaridad humana, de compromiso social y de participación política. A pesar de nuestras tragedias, la esperanza radica en la continuidad operativa en la vertiente civilista de la afirmación republicana de la Patria. Como con constancia pedagógica lo hizo D. Mario.

De la Universidad —de *la Casa que vence las sombras*, como canta el himno de mi *Alma Mater Studiorum*, la Universidad Central de Venezuela (UCV)— puede el pueblo esperar la luz que se difunde con la palabra buena.

La juventud universitaria vuelve a ser ahora —¡gracias a Dios!—, como en los momentos axiales de la historia venezolana,

la portadora de la antorcha de los limpios ideales. Ella tiene la palabra. Tiene el compromiso de llegar donde nosotros — quienes ya tenemos el sol en la espalda— quisimos, pero no supimos o no pudimos. Tiene esa juventud el deber de ser maestra, enseñando con sus actos las palabras de verdad que sean nuevas semillas radiantes de la historia. Por eso y para ella, este recuerdo de Mario Briceño. La palabra como vehículo de transmisión de la historia fue el empeño de Mario Briceño.

Mario Briceño-Iragorry, paradigma de la civilidad universitaria, enlaza, en su esfuerzo magisterial, con la perpetua heredad, con la obra de los mejores exponentes del civilismo republicano, para nutrir de racionalidad moral el empeño patriótico de la nueva juventud venezolana en la necesaria construcción de un futuro más digno.

Bibliografía:

BURELLI RIVAS, Miguel Ángel. (1988). Introducción General a Briceño-Iragorry, Mario, *Obras Completas*, 1, Ediciones del Congreso de la República, Caracas.

_____. (1989). «Introducción y Defensa de Nuestra Historia» en *Obras Completas*, 4, Ediciones del Congreso de la República, Caracas.

BRICEÑO-IRAGORRY, M. (1990) «Temas Inconclusos» en *Obras Completas*, 6, Ediciones del Congreso de la República, Caracas.

_____. (1990). «El Caballo de Ledesma» en *Obras Completas*, 7, Ediciones del Congreso de la República, Caracas.

_____. (1990). «La Hora Undécima (Hacia una teoría de lo venezolano) (1956)», en *Obras*

Completas, 9, Ediciones del Congreso de la República, Caracas.

_____. (1990). «Aviso a los navegantes» en *Obras Completas*, 4, Ediciones del Congreso de la República, Caracas.

_____. (1991). «Sentido y vigencia del 30 de noviembre (Examen esquemático del drama electoral venezolano)», en *Obras Completas*, 11, Ediciones del Congreso de la República, Caracas.

_____. (1991) «Dimensión y Urgencia de la Idea Nacionalista (Pequeño Discurso sobre Venezolanidad y Americanidad)» en *Obras Completas*, 11, Ediciones del Congreso de la República, Caracas.